

—¿Por que me enturbiaste el agua ahora que estaba yo bebiendo?—á lo cual contestó el cordero:—Señor lobo, eso que Ud. dice no pudo pasar, porque yo estaba arrollo abajo y Ud. arrollo arriba—¡ah! es verdad dijo el lobo; pero ahora me acuerdo que hace cinco años me insultaste.—Señor lobo, dijo el cordero, eso que Ud. afirma no pudo ser, porque yo tengo tres años, luego hace cinco que aún no nacia.—¡Ah! es verdad, repuso el lobo; pero si tu no fuiste fueron tus padres, y sin más hablar echo garrá á su presa y la devoró.

Así Napolón III con la República y así Bulnes con Benito Juárez; por esto ó por aquello, Napoleón quería comer República, y Bulnes quiere comer Juárez. Pero así como el esfuerzo nacional representado por Juárez, impidió al César de las Tullerías, devorar á nuestra patria; así la historia imparcial, verdadera y santa, y nuestros corazones y nuestros brazos formando á Juárez una muralla de acero, ó como dijera el poeta, muralla de cristal de roca significando firmeza y luz, así le salvaremos de la inmensidad de improperios, escarnios, deturpaciones blasfemias, falsos testimonios y canalladas con todo lo cual, Bulnes, pretende aniquilar al coloso de América; sostenedor ejemplar de los derechos del hombre y de la democracia americana.

## CAPITULO NOVENO.

SUMARIO.—Juicio militar y político del General Prim sobre la intervención francesa.—Wellington rinde á Napoleón con cañones y Victor Hugo con filosofía.—Todas las predicciones de Prim se realizaron.—En que estado se halló la Nación al intervenir Francia.—La Patria no pidió á Juárez sino lo que éste pudo darle.—Juárez dió á la defensa nacional mayor contingente en la intervención francesa que Santa Ana y Miramón en la guerra de Estados unidos—Bulnes no observa las leyes de la relatividad por eso de prime á Juárez haciéndole inferior á Santa Ana y Miramón—Bulnes se contradice respecto de la probidad, lealtad y valentía de Juárez afirmando que fué inactivo inerte é indolente en la defensa de la Patria.

Prim, personaje interesante y altamente simpático para México, en cuyo favor obró generosas acciones, se había formado juicio exacto de lo que hacían los enviados de Francia por acuerdo de Napoleón, calificando todo como un inaudito atentado y diciendo con inspirado espíritu cuál sería el resultado de la expedición francesa.

Para el General Prim estuvo siempre palpitante la justicia de México, y estuvo también descubierta la intención atentatoria de Napoleón. Verdad es que Prim, no fué ni bien entendido ni bien interpretado, porque las almas grandes no pueden ser comprendidas ni por las medianías, ni por los raquísimos, y como prueba de ello está Don Francisco Bulnes; mexicano descorazonado é ingrato que en lugar de tributar humilde homenaje de simpatía, lanzó al conde de Reus, sobre su dignísima conducta el atrevido calificativo de *rapáz*. Pero sus buenos deseos por que México, saliera airoso del conflicto, en más de una vez los manifestó. Este importante personaje, explicábase en la cues-



tión francesa, con mucho acierto en una carta que escribió á un amigo bien querido suyo; hé aquí la carta:

«Exelentísimo Señor Don José de Salamanca.—  
Orizaba 6 de Abril de 1862.

«Mi siempre querido Don Pepe:—Recibí la de U de Marzo y me apresuro á contestarla, no con la esperanza de que por medio de sus buenas relaciones de París pueda Ud. contribuir á evitar el cataclismo que nos amenaza, pues estoy ya persuadido que es inevitable; sino para dejar sentado lo que el tiempo se encargará de probar, esto es, que los Comisarios del Emperador, han emprendido una política que llegará á ser fatal para la Francia.»

«Mientras el Vicealmirante La Graviere, ha creído ser intérprete fiel de la política del Emperador hemos estado en todo acordes y todo ha sido bien; pero desde el momento en que llegó Almonte, y con él nuevas instrucciones, más en armonía con las opiniones de Mr. de Salgny que con las del Almirante, éste se desanimó, se entregó, se dejó ir hacia la política de su colega y desde entonces vamos mal y empeoramos por instantes tanto que dentro de tres días, el 9, debemos tener una conferencia la cual dará por resultado la ruptura entre los aliados; no me cabe la menor duda. ¡Que fatalidad! ¿y porqué esa ruptura? porque los comisionados franceses se han empeñado en destruir el Gobierno de Juárez, que es el Gobierno constitucional de hecho y de derecho y que tiene autoridad y fuerza, para poner en su lugar al Gobierno reaccionario del Señor General Almonte, quien tiene Autoridad, ni representa más que unos centenares ó miles de reaccionarios insignificante número en la escala de 1 por nueve; pero encambio el Señor Almonte, ofrece proclamar en su día al Archiduque Maximiliano de Austria rey de México: así me lo declaró amí mismo el día que tuvo la bondad de ir á verme recién llegado á Veracruz.»

«Háí tiene V. las verdaderas causas de la disiden-

cia, la que repito, será fatal para los franceses; pues yo estoy resuelto á reembarcarme con mis tropas, dejando á mis colegas de Francia, únicos responsables de esos actos..... y le aseguro á V. por mi vida por mi honor y por lo más sagrado que puedo invocar, que al obrar así estoy poseído de la más amarga pena, por tener que separarme de mis bravos franceses, á quienes tanto quiero y por los males sin cuento que van á experimentar en la lucha injusta y desigual que van á emprender. Que el Gobierno del Emperador no conoce la verdadera situación de este país, no es del todo extraño máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de Mr. de Salgny; pero que éste que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en México y que no es nada tonto comprometa, como lo hace, el decoro, el honor y la dignidad de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender, porque las fuerzas que están aquí, á las órdenes del General Lorences, no bastan no, para tomar siquiera á Puebla, no, no, no.»

«Los soldados franceses son extraordinariamente bravos, nadie lo reconoce y admira mas que yo y me precio de ser voto en la materia; pero el valor del hombre como todo lo que hay en la humanidad, tiene sus límites, y repito á V. que los soldados franceses, no podrán vencer el cúmulo de dificultades que se les opodrán en su marcha y cuando lleguen al momento del combate serán pocos, carecerán de transportes, de víveres tal vez, y los vencedores en cien batallas, serán vencidos ó no podrán conservar las posiciones que conquisten por no poder guardar las comunicaciones con Veracruz. Los emigrados y vencidos reaccionarios, ofrecerán mucho y darán poco ó nada, y por fin el Emperador tendrá que hacer grandes sacrificios en hombres y dinero, no digo para consolidar el trono en que siente al Archiduque de Austria, porque esto no lo podrán realizar por no haber hombres monárquicos en México, los sacrificios tendrán que ha-



cerlos para que sus águilas lleguen siquiera á México."

"La simpatía que tiene V. por todo lo que es francés, hace que V. no dé crédito á mis pronósticos. Le estoy á V. viendo sonreirse incrédulo y diciendo: Mi amigo Don Juan exagera, voy á guardar esta carta para decirle y probarle en su día, quese equivocó, que no vió claro y que mejor habría hecho en marchar adelante con los franceses. Bueno, acepto guarde Ud. esa carta y en su día hablaremos."

"Cuidado, que yo no niego que las tropas francesas lleguen á poderarse de Puebla, y también de México, lo que si niego resueltamente, es que basten los batallones que hoy tiene el Conde Lorences. Las águilas imperiales entrarán en la antigua ciudad de Moctezuma, cuando vengán á sostenerlas lo menos 20.000 hombre más, ¿lo oye U. bien? 20.000 hombres más, con el inmenso material que tan numeroso ejército necesitará para marchar por este desolado país; porque México es de los países que según decía Napoleón, aunque su frace no la dirijiera á México entonces: «Si el ejército es de mucha gente, se muere de hambre y si es de poca, se lo come la tierra.»

"Admitamos que afuerza de tiempo, á fuerza de hombres y millones, lleguen los franceses á México, repito que no lo dudo; pero ¿y qué habrán conseguido con eso? Cree U. que crearán la monarquía con visos de estabilidad? imposible tres, diez, cien veces imposible. Podrán á lo menos crear un Gobierno estable bajo la presidencia de Almonte? tampoco; porque la gran mayoría del país de la gente de los pueblos se entiende, pues los millones de indios no cuentan la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea querer fundar un gobierno contra el sentimiento público, es un sueño, es una quimera. ¿Sabe U. lo que yo pienso mi buen amigo? Pienso que el emperador de los franceses está muy lejos de quererlo que sus comisarios están

haciendo; estos Señores le estan comprometiendo y le comprometerán más, hasta un punto que cuando quiera retirarse de la descabellada empresa no podrá, porque estará empañado el lustre de sus águilas y hasta el prestigio y honor del Imperio."

"Y cuidado, que mas de una vez se lo he dicho al Almirante: *Vous agissez contr la politique de l'Empereur, Vous ne le comprenez pas et aller l'gager dans une aventure indigne de lui.* Y luego me pregunto que interés puede tener ni el Emperador ni la Francia en que el Archiduque de Austria reine en México? Ninguno ¿Lo tiene acaso en que el Gobierno de la República se llame de Juárez ó Almonte? No, por rojos ó blancos, han dejado de pagarse las convenciones no por voluntad sino por falta de recursos. Pues entonces ¿porqué empeñarse en querer derribar un gobierno en provecho de otro cuando ello ha de costar la vida á muchos millones de bravos franceses? No lo comprendo y la frialdad del lenguaje de Saligny me desespera ¡Qué fatal va á ser ese hombre para el Emperador y para la Francia! Yo no soy francés y sin embargo no perdonaré jamás á ese hombre los males que vá á causar á mis bravos camaradas."

"Con la suave y buena política que inaguramos juntos al llegar á Veracruz, hubieramos llegado á todas partes y lo hubiéramos alcanzado todo, la amnistia las elecciones generales, buenos tratados, buenas garantías de pagar y seguridad para el porvenir; pero por la mala no alcanzarán los franceses nada; yo lo digo á U. y téngalo por seguro."

"Hace algunos días tuve que escribir una razonada carta al emperador, contestando á la que me hizo la honra de escribirme. Le hablo con el profundo respeto que le profeso, pero con noble verdad. Mi carta llegará tarde pues sus comisarios tienen prisa de romper el fuego. El 9 tendremos la conferencia; será por desgracia la última! Y lo



más tarde, quince días después, los franceses atacan el Chiquihuite.”

«Lo que después sucederá solo Dios lo sabe; pero de seguro que no será nada bueno y sí mucho malo para la Francia.»

“Si Ud. quiere pasar por profeta anuncie Ud. al conde Morny, nuestro amigo, que las fuerzas que están actualmente aquí no bastan y que se necesitan otros 20.000 hombres con los que podrá el General Lorences llegar á México, si con los batallones vienen carros y mulas bastantes, pues sin ese elemento indispensable tampoco podrán llegar.”

“Le dejo á Ud., ya es hora y tengo todavía que escribir á mis Jefes, el Duque y Don Saturnino. La Condesa y el chiquito siguen bien, con muchos deseos de ir á México; ya no es posible. Según mis cálculos, á mediados de Mayo habré embarcado mis tropas, material y ganado y entonces saldré yo para la Habana. Podré salir de allí en Junio, y llegar á España en Julio ó Agosto. Probablemente iré á desembarcar á Inglaterra; Ud. probablemente estará en París.”

“Qué dirán el Gobierno de España y la Reina cuando sepan el embarque de las tropas? El primer momento será de sorpresa, luego, los amigos míos, los imparciales aprobarán mi resolución. Mis enemigos y adversarios pondrán el grito en el cielo, creyendo llegado el momento de hundirme; pero unos y otros, no tardarán en reconocer, que obré con prudencia, con abnegación é impulsado por el más acendrado patriotismo. Además, en mi calidad de senador, podré defenderme de los cargos que se me dirijan; y por último, el tiempo se encargará de probar que obré como bueno. El Emperador quedará disgustado de mí, pero en su fuero interno y en su alta justificación, no podrá menos que reconocer que obré como cumple á un general Español, que, obedeciendo las instrucciones de su Gobierno, no podía, ni debía hacer otra política, que la que su Gobierno le dictara. Los franceses,

partidarios de la política torcida planteada por Mr. de Saligny, se desatarán contra mí; pero la Francia, cuando conozca la verdad de los hechos, deplorará lo sucedido, como lo deploro yo; pero no me culpará.”

«Y Ud. ¿qué dirá? conocido el cariño que tiene Ud. por el Emperador, y su buena amistad por la Francia y los Franceses, al leer esta carta, la estrujará Ud. con desenfado y estará Ud. de mal humor, mientras esté Ud. en París, pero luego nos veremos en Madrid, “y cómo después de todo es Ud. buen Español,” convendrá Ud. en que hice bien en volverme á España con mis soldados, y que al punto á que hemos llegado, no puedo hacer otra cosa, so pena de faltar á mis deberes como funcionario, como español y como hombre leal.»

“Le quiere á Ud. mucho y bien su buen amigo.”

PRIM.

Con éste acertadísimo juicio del ilustre español General Juan Prim, nos bastaría si no hubiéramos presenciado el desarrollo de los acontecimientos, nos bastaría, repetimos, para determinar qué había sucedido con la intervención francesa y con el imperio.

Con los hombres que por su penetrante espíritu, su alto talento, su elevada instrucción y su buena fé, juzgan de las evoluciones de los hombres y de los pueblos, escudriñando todos sus motivos, todas sus causales, todas sus tendencias, todos sus medios, de modo que dan con los altos secretos de los sucesos aunque sean futuros, sucede que recorren el velo que oculta los acontecimientos, antes, mucho antes de que esos acontecimientos se presenten á la expectación. Estos grandes videntes tienen un inconveniente para el lector, lo desengañan antes del acontecimiento; Víctor Hugo respecto de Waterloo, diremos mejor de Mont Sain Jean, es una



aurora boreal, que casi casi alumbra la isla de Santa Elena antes de la catástrofe de Napoleón.

Antes, mucho antes de oír siquiera un sólo disparo de cañón inglés ó francés, ya Víctor Hugo ha destacado ejércitos de filosofías, condenatorias contra Napoleón. Víctor Hugo vence, rinde á Napoleón antes que Wellington. Quien quiera leer con interés el desastre de Mont Sain Jean, debe taparse los oídos por cuanto á la palabra fatídica de Víctor Hugo entonando el miserere de Napoleón.

Y ciertamente que así sucede: ¿qué es Waterloo, después del desarme, más bien que el desarme la rendición de Bonaparte ante la magestad del destino libertador? Que es aquel abismo de fama, de gloria, de pericia, de inmensurabilidad, ante el decreto providencial, expresado por aquel bocablo irrevocable de Dios: *laissez passer! laissez faire!* Cuando el soberbio inspirado, (Víctor Hugo) ha convencido á uno de que Napoleón ha de caer, quiera ó no quiera; cuando ha visto uno y ha palpado la razón suficiente y necesaria de su abatimiento, cuando todas las trompetas del cataclismo francés han sonado roncadas y lúgubres; cuando ha hecho á fuerza de razonamientos, nacer en uno la razón del forzoso trágico desenlace; cuando los cantos de la libertad surgen de la misma Francia para anunciar con sus robustas notas la llegada del Dios Libertad á los campos de Waterloo, más que á los campos de Waterloo, á los campos de Europa, más que á los campos de Europa, á los confines todos de la tierra; cualquiera que sea el lector, ignorante ó instruido, de pequeño ó de grande ánimo, después de la contundencia de Víctor Hugo, el lector siente necesidad de reposar, casi, casi diríamos, de reponerse, restañar, de coger respiración. Y ya que se dá cuenta de sí mismo, ya que repasa psicológicamente lo que Víctor Hugo filosóficamente recorrió ante sus ojos, entonces ya no quiere ir á Waterloo y se esquivo ó lo hace con alma de entristecido derrotado, mejor que como

espectador de un colosal combate: la batalla ha sido antes; no contra ingleses y prusianos, sino del lector contra las filosofías inflexibles de Víctor Hugo.

El gran pensador francés, demuestra, antes que describe. El dice que Napoleón no puede triunfar, no solo que no puede triunfar, sino que tiene que ser abatido: Mont Sain Jeant, tiene un doble significado; es una cima y un fondo; como cima, es el plano horizontal del astro rey que llega, la Libertad; como fondo, es la urna de un gigante que muere, la dominación francesa.

A Napoleón Bonaparte no le mató nadie. Él sólo se consumió; los ingleses no hicieron más que ponerlo en quietud, por un procedimiento muy sencillo, el aislamiento; le negaron conexión y con eso bastó. ¿Qué hizo Francia para extraerle de la isla de Santa Elena? no hizo nada ni debía hacer, porque los pueblos tienen como los profetas tenían, un momento de iluminación ese momento de iluminación para Francia ardió en Waterloo.

La isla de Santa Elena, desempeñó un papel inmensamente grandioso, fué lo incontrastable por rigurosa predestinación filosófico-moral. Antes de la captura de Napoleón, por todas partes se iba á Santa Elena; desde la prisión de Bonaparte, por ningún sendero se iba á la isla; era que la redimida Europa no dejaba de correr la palabra y eternamente se oía este grito ¡CENTINELA ALERTA!

Lo que hemos dicho de Víctor Hugo respecto de Waterloo, cabe decir de Prim, con relación á Puebla aunque Prim no fué tan filosófico como Hugo. El había dicho ya como lo hemos visto en su carta que Lorences no tomaría á Puebla, ni mucho menos á México, teniendo solamente el efectivo de ejército que había en Veracruz con los comisarios europeos. Clara y terminantemente había dicho que se necesitaban 20,000 soldados más.